

bieran podido bajar del cielo para aprender á amar á Dios en el corazon de María : esta es la reflexion que hace san Gerónimo.

El amor á Dios es la principal virtud que hemos de imitar en María. El divino amor es el ejercicio mas noble de todas las virtudes : es el alma, la perfeccion, el colmo de todas ellas. Por eso debemos entregar todo nuestro corazon á Dios, sin buscar, sin desear cosa alguna que no conduzca directamente á él, á fin de que este amor sea el principio y el motivo dominante de nuestra conducta. Pidámoslo al Señor sin cesar : representémosnos á menudo su grandeza y sus perfecciones infinitas : acordémosnos de los innumerables beneficios de que nos ha colmado : comencémosnos á ejercitar en este santo amor por medio de la fiel observancia de los divinos preceptos, mirando con horror toda culpa mortal, y huyendo de ella : evitemos al mismo tiempo en cuanto esté de nuestra parte toda caida en el pecado venial.

Al mismo tiempo debémos ejercitarnos en la caridad perfecta con Dios, dirigiendo todas nuestras obras con la pura intencion de agradarle en todas las cosas : obremos con piedad, con cuidado y con celo : practiquemos cada una de nuestras obras como si ella debiese ser la última de nuestra vida : imi-

temos el fervor con que María lo hacia todo por Dios : penetrémonos de la devocion de su espíritu y del afecto de su corazon : procuremos tener parte en la íntima union que habia entre Dios y la Virgen : deseemos, lo mismo que ella lo deseaba, hacer, sufrir, sacrificarlo todo por amor de Dios. Invoquemos sin cesar la proteccion de María como la Madre dulce y amable del puro amor : *Mater pulchræ dilectionis*. Pidámosla, en fin, la gracia de amar á Dios durante nuestra vida, y de podernos juntar por siempre con todos los santos para amarle mas perfectamente en el cielo.

CARIDAD DE MARIA CON LOS HOMBRES.

Sic... dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.

Amó tanto al mundo, que por él ofreció á su Hijo único. (Joan. cap. 3, v. 16.)

El hábito de la caridad que Dios infunde en nuestras almas á fin de que le amemos, es el mismo que nos empeña á amar al prójimo : de manera que cuanto mas ardiente es el primero con respecto á Dios, tanto mayor es el segundo en orden al prójimo. El verdadero amor al prójimo es cuando se le ama por amor á Dios, como á criatura suya for-

mada á su imágen, y redimida con su sangre. San Pablo dice que el que ama al prójimo cumple toda la ley. Tal ha sido el amor de que todos los santos han dado los mas brillantes ejemplos : su amor ardiente á Dios fue siempre acompañado de un amor sincero al prójimo : y muchas veces han dado pruebas irrefragables de este amor con el sacrificio de sus bienes, de su fortuna, de su sangre, de su vida. Mas este amor, por grande que fuese, ¿puede nunca compararse á la inefable caridad con que María amó á los hombres? Ella ejercitó esta virtud heroica mientras vivió en la tierra. Aun prescindiendo de los sentimientos de la caridad que la excitaban sin cesar á socorrer á los necesitados, aun antes que estos implorasen su socorro : prescindiendo del amor que la obligó á rogar á su Hijo que hiciese un milagro en las bodas del Caná de Galilea, manifestándole la afliccion de la familia que los habia convidado, á causa de faltar el vino : prescindiendo del afecto que la hizo emprender un penoso viaje para visitar á santa Isabel; ¿no nos dió la mas grande prueba de su caridad entrañable hácia los hombres, consintiendo en ser Madre de un Dios Redentor? Sí; porque desde entonces se obligó á hacer el sacrificio de su Hijo muy amado, hasta el

punto de dejar que fuese inmolado por la salvacion de los hombres. Por este consentimiento generoso cooperó en cuanto estuvo de su parte á la redencion del linage humano.

Muchos se glorian de tener caridad con el prójimo por la sola razon de que no le desean mal alguno. ¡Caridad defectuosa! Para que la caridad sea perfecta no basta el no desear mal á nuestros hermanos; es necesario que les hagamos todo el bien que podamos, que roguemos por ellos, que les prestemos los servicios que esten en nuestro arbitrio, que tomemos parte en sus penas, que les aliviemos en sus necesidades, que les consolemos en sus aflicciones; y cuando las circunstancias lo exigen que nos sacrifiquemos por ellos.

Una de las mayores pruebas de caridad con el prójimo es hacer bien á los que nos aborrecen y nos persiguen : esto es, *amar á nuestros enemigos por Dios*. María nos dió ejemplo de esta caridad heroica : no puede haber para una buena madre mas grandes enemigos que los que atormentan y dan la muerte á su hijo único : en este caso se hallaba la Virgen al pié de la cruz : no obstante, esta piadosa Madre viendo á los desapiadados verdugos armados contra su divino Hijo, teñidas las manos con su sangre, y el corazon encendido de rabia y furor contra él,

sometiéndose á los decretos de la divina justicia, rogaba é intercedia por ellos : á ejemplo de su adorable Hijo imploraba del Dios Padre la conversion de los mismos, el perdon y la gracia, diciendo con Jesucristo : *Pater ignosce illis.*

¡ Ah ! ¡ Y á nosotros nos cuesta tanto perdonar la ofensa mas ligera ! Nosotros no sabemos desarraigar de nuestros corazones el odio, el rencor y la ojeriza inveterada : y si alguna cosa es capaz de sofocar estas pasiones, mas es el tiempo que la reflexion ; de manera que en nosotros solo el olvido ocupa el lugar que debiera llenar la caridad. ¡ Y nosotros somos y nos llamamos cristianos ! ¡ Y somos hijos de un Dios que por amor á nosotros quiso sacrificarse por nuestra salvacion !

¡ O divina Madre ! Cuando os hallábais al pié de la cruz Jesucristo os escogió Madre de todos los cristianos, y á todos nos encomendó á Vos de una manera especial, estando representados en la persona de san Juan. ¡ Oh ! ¡ Qué union tan íntima y estrecha debe producir esta adopcion entre todos los cristianos que se acojan en las entrañas de vuestra caridad maternal ! Una madre tierna se interesa en el bien de sus hijos : dignaos, pues, interesaros en favor nuestro, y alcanzarnos una caridad sincera, universal y eficaz, á fin de

que todos no formemos mas que un solo corazón y una alma en el adorable corazón de vuestro divino Hijo y en el vuestro.

DE LA PIEDAD DE MARIA.

Non discedebat de templo, jejuniis, et obsecrationibus serviens nocte, ac die.

No se apartaba del templo, entregada constantemente al ayuno y á la oracion. (*Luc. cap. 2, v. 37.*)

De la caridad nacen como de su origen la piedad y la devocion : es decir, la voluntad pronta y fervorosa por todo lo que mira al servicio de Dios y á las prácticas de Religion. Esta virtud la poseyó María en grado heroico. Ya antes de que ella fuese concebida sus padres la ofrecieron á Dios, prometiéndole que si les daba fruto de bendicion la consagrarían á su servicio en el templo. A la edad de tres años la llevaron con el mayor gusto al templo del Señor para cumplir su promesa. Habia en el templo un lugar retirado, en el cual un grán número de vírgenes se ocupaba santamente en obras propias de su sexo, y en prácticas de piedad conformes á su estado. Tales fueron los ejercicios de la primera edad de María mientras vivió en el templo.

La oracion, el trabajo, la lectura de los li-

bros santos formaban todas sus delicias: adoraba al Señor en espíritu y verdad: le alababa y glorificaba con los sentimientos del mas profundo respeto: instruida é iluminada por el Espíritu de Dios contemplaba sus perfecciones infinitas y adoraba sus grandezas: el trabajo de manos no interrumpia sus conversaciones con Dios. Todos los dias, todas las horas, todos los momentos, se le veia crecer en edad y en sabiduría: huía, en cuanto estaba de su parte, las ocasiones de reir, de hablar y divertirse con sus compañeras, á fin de ser toda de Dios en el secreto de su retiro y recogimiento. Habiendo salido del templo no varió en nada el plan de su conducta y de su union constante con Dios.

Mas despues que el ángel anunció á la Virgen el grande misterio de la Encarnacion del Verbo eterno, la piedad de María adquirió nuevos grados de perfeccion: su recogimiento fue mas profundo, su oracion mas fervorosa, la ilustracion y los consuelos celestiales mas sublimes y elevados: separada del bullicio del mundo se habia concentrado y reducido á sí misma; y su consideracion, mientras llevaba el Verbo en su seno, era admirar la infinita caridad de Dios con los hombres. Asombrada despues al ver un Dios hecho hombre, al Todopoderoso sujeto á las mise-

rias, padecimientos y dolores, y destinado á la muerte, se entregó durante la vida del Hombre-Dios á un continuo ejercicio de piedad, de sufrimiento, de sacrificios y de amor. Por cierto en la muerte de su divino Hijo hubiera espirado de dolor al pié de la cruz, si no hubiese sido sostenida por una fuerza sobrenatural.

Despues de la Ascension de Jesucristo al cielo y de la descension del Espíritu Santo sobre los apóstolos, la piedad de María, que ya era tan perfecta, recibió un nuevo incremento con los dones del divino Espíritu, que la fueron comunicados con abundancia y en toda su plenitud. San José habia muerto, el Salvador habia entrado en su gloria: y María, Esposa del uno y Madre del otro, sin embargo de ser siempre Virgen, se halló viuda, á fin de servir de modelo en todos los estados: es decir, para enseñar á las vírgenes el amor que deben tener á la virginidad, y el cuidado con que deben conservar este precioso tesoro: á las casadas la obediencia y el respeto que deben á sus esposos: á las viudas el espíritu de recogimiento, de retiro y de oracion: en una palabra, para enseñar á todas la práctica santa de los deberes de su estado, en lo cual consiste la verdadera devocion, la piedad sólida y sincera. Porque

es del caso observarlo bien : la verdadera devocion no consiste en que el alma sienta un cierto consuelo, cierto gusto y atractivo por las cosas espirituales , sino en una voluntad siempre resuelta á hacer bien, siempre pronta á entregarse á las cosas de Dios, fiel en practicar las virtudes propias del estado de cada cual. A esta sólida piedad es á la que nosotros debemos aspirar, imitando el ejemplo de María, que será siempre para nosotros y bajo todos respectos el mas perfecto modelo que puede ofrecernos una criatura.

El medio de mantener, conservar y aumentar el espíritu de piedad, es la consideracion de las cosas de Dios, la lectura de los libros santos, el recogimiento interior, la práctica de las buenas obras, la mortificacion de los sentidos, en una palabra, la union con Dios.

¡ Feliz aquel, que como María, se ha entregado á Dios desde el principio de su vida : que le ha consagrado las primicias y la flor de su edad, que jamás ha entregado su corazon al mundo y á sus vanidades, que ha conocido con tiempo la nada de las cosas para unirse solamente con Dios ! ¡ Qué paz tan dulce no gustará durante su vida ! ¡ Qué dulce consuelo no tendrá en la hora de su muerte !

DE LA OBEDIENCIA DE MARIA.

Fiat mihi secundum verbum tuum.

Hágase conmigo segun tu palabra. (*Luc. cap. 1, v. 38.*)

Por orgullo y por amor propio experimentamos naturalmente cierta repugnancia en obedecer á otros : y por esta razon una obediencia pronta y sin reserva, prestada á los hombres por respecto á Dios, es la prueba menos equívoca de un corazon enteramente sumiso á la divina voluntad. El modelo mas perfecto de esta virtud, despues de Jesucristo, es la Virgen santísima. Desde su tierna infancia se mostró obediente á la voluntad de sus padres Joaquin y Ana, mirando en ella la voluntad del mismo Dios : atenta siempre á sus palabras, á sus miradas y á sus mas leves insinuaciones, les obedecia con la mayor puntualidad, sin que jamas manifestase la mas mínima repugnancia. Retirada despues en el templo observaba con escrupulosa exactitud todo lo que le habia prescrito el sumo Sacerdote ; y despues de su desposorio con san José, aunque su propia dignidad la hacia superior á este santo patriarca, le estaba enteramente sujeta, porque sabia que el orden establecido por Dios era que la esposa se sujetase al esposo. ¡ La Reina del cielo, la Ma-

dre de Dios, obedecía á un sencillo artesano !
¡ Qué espectáculo para el cielo ! ¡ Qué ejemplo para nosotros !

Es indudablemente una virtud obedecer á hombres sabios, moderados y virtuosos, cuando Dios los constituye en dignidad; pero es una obediencia mas heróica, dice san Buenaventura, la que se presta á superiores imperiosos, duros y caprichosos, que sin tino ni miramiento alguno apenas mandan sino para mortificar á sus súbditos. De esta obediencia habla san Pedro cuando dice: « Siervos, obedeced á vuestros señores, no solamente á los que estan dotados de un caracter dulce y bondadoso, sino tambien á los que tienen un genio duro y molesto. » Y tanto como en semejante caso se requiere mas virtud para someterse de corazon y sin repugnancia, tanto se adquiere mucho mas mérito. Con esta resignacion obedeció la Virgen santísima al edicto de Augusto: con la misma dejó su tranquila habitacion de Nazareth; y aunque estaba en visperas de dar á luz su divino Hijo, partió con gran trabajo á Belen para conformarse á las órdenes del Emperador. Ejemplo brillante de la obediencia que debemos á los soberanos, cualquiera que sea su conducta, desde que empiezan á mandarnos.

El grande misterio de la Purificacion de María nos presenta un ejemplo bien perfecto de esta obediencia. Las palabras de la ley exceptuaban á María de la obligacion comun á todas las mujeres; mas la Virgen convirtió este privilegio en un deber de edificacion para enseñarnos á respetar la ley santa, no solamente observando los rigurosos preceptos, sino tambien abrazando la perfeccion de los consejos.

La obediencia debe practicarse en todas las edades y estados: los hijos deben obedecer á sus padres: la esposa al esposo: el criado á su amo: el súbdito á su príncipe; y cada particular debe obedecer á aquel á quien ha escogido por director y guia de su salvacion. La misma virtud de la obediencia debe empeñarnos en obedecer á nuestros superiores en cuanto representan á Dios: ellos han recibido del mismo Dios, cuyo lugar ocupan, el poder que tienen de mandarnos: y obedecer á ellos es obedecer á Dios.

La obediencia nos proporciona ventajas inestimables, impide los malos efectos de las ilusiones del amor propio, de los errores en que está continuamente expuesto el espíritu del hombre, de los lazos que el demonio no cesa de armar á la piedad, de las dudas y perplejidades á que uno está siempre expues-

to cuando quiere conducirse por sí mismo. De la obediencia perfecta nacen la paz y la tranquilidad en el alma. « Nuestra propia voluntad, dice san Bernardo, es la causa de nuestras perturbaciones, de nuestras agitaciones, de nuestras guerras intestinas, de todos nuestros pecados y desórdenes : no haya voluntad propia, y entonces no habrá infierno. » *Tollatur voluntas propria, et infernus non erit.* La obediencia cura todos los males que causa esta propia voluntad : ella la mortifica, la sujeta y la cautiva : la obediencia es de tan grande mérito á los ojos de Dios, que en cierta manera iguala el mérito de los mártires : así lo dice el piadoso autor de la *Imitacion de Jesucristo*. Esto hizo que la Virgen santísima amase tanto y practicase esta virtud durante toda su vida : de manera que en todas las ocasiones tuvo siempre grabado en su corazon el sentimiento de perfecta sumision y dependencia que manifestó al Angel que la anunció los designios que Dios tenia sobre ella : *fiat mihi secundum verbum tuum.* Imitemos tan heroico ejemplo, y tengamos siempre presente que el hombre sumiso y obediente alcanza victorias mas gloriosas que el conquistador de pueblos y naciones.

PUREZA DE MARIA.

Fiat cor meum immaculatum.

Que mi corazon sea siempre puro y sin mancha. (Ps. 118, v. 80.)

María desde sus mas tiernos años dirigió todos sus pensamientos y deseos á consagrar enteramente al Señor su cuerpo y alma por medio de la perpetua virginidad. Sabia bien que cuanto poseyese esta virtud con mas perfeccion, tanto mas se asemejaría á su Dios que es la misma pureza por esencia. Este sacrificio fue tanto mas generoso en ella, cuanto las mujeres estériles estaban marcadas con el sello de la ignominia. A María no le importa nada esta nota del oprobio inherente al estado que escoge voluntariamente : contenta con hacerse agradable á los ojos de Dios se hace superior á todas las ideas y preocupaciones de los hombres. Por eso, cuando el ángel fué á anunciarla que ella habia de ser la Madre del Hijo del Altísimo, no aceptó esta dignidad suprema sin haberse bien asegurado que la maternidad divina no menoscabaria en lo mas mínimo el voto de virginidad que habia hecho. ; Qué virtud tan heroica ! ; Preferir la gloria de una virginidad sin mancha á la dignidad de Madre de Dios, de Reina del cielo, de Señora del universo !

« ¡O corazon magnánimo ! exclama san Bernar-
 « nardo. ¡O corazon mas firme y estable que
 « la tierra, mas elevado que el cielo ! Mas á
 « fin de que sepan todos los siglos cuan fiel
 « es Dios en recompensar á los que le sirven,
 « María será Virgen y Madre á un mismo
 « tiempo : será bendita entre todas las muje-
 « res ; y será bendito el fruto de sus castas
 « entrañas. »

Dos cosas se propuso Dios inspirando á María el voto de una virginidad inviolable : quiso que la Virgen santísima le sirviese con toda la perfeccion de que era capaz, y que diese á la Iglesia el modelo mas completo de una pureza sin mancha : quiso asimismo que María fuese la primera en presentar á los hombres este hermoso ejemplo de virginidad que debia dar al mundo tantos fieles imitadores. La Iglesia de Jesucristo, extendida por todo el universo, se vió bien pronto adornada con las brillantes virtudes de la continencia y de la virginidad, profesadas por un sin número de personas, que vivian en la tierra con la pureza que los ángeles en el cielo. San Ambrosio, san Agustin, san Juan Crisóstomo y otros Padres, nos ofrecen hermosas y admirables pinturas de todos los pueblos de la cristiandad en los cuales brillaba la castidad y la pureza : en Asia, en Europa y en

Africa las ciudades y los desiertos estaban llenos de fieles que representaban en la tierra la pureza de los bienaventurados en el cielo. Y por cierto que á María somos deudores de este admirable prodigio ; porque ella fue la primera que dió al mundo el ejemplo de perpetua virginidad, es decir, de una virtud desconocida en cierto modo de los hombres, de una virtud que tanto contribuye al ornamento y á la gloria de la Iglesia.

Dios nos manda que procuremos ser santos como él lo es : y si queremos alcanzar esta santa semejanza con Dios, hemos de trabajar para adquirir la virtud de la pureza con los auxilios de la divina gracia : procuremos á este fin imitar, en cuanto esté de nuestra parte, el grande ejemplo que María nos propone con esta hermosa virtud. Y para trabajar en ello debemos comenzar teniendo particular cuidado en evitar todo lo que puede manchar la preciosa virtud de la virginidad, resistiendo con prontitud y firmeza á todo pensamiento, á toda inclinacion, á toda mirada, á toda palabra que pueda ofenderla : lo que lograremos por medio de la mortificacion continua de nuestros sentidos y de nuestras pasiones, entregándonos constantemente á la oracion, desconfiando de nosotros mismos, huyendo continuamente de

todas las ocasiones y de todos los peligros en que pudiese menoscabarse esta virtud; en una palabra, haciendo de la virginidad el aprecio que se merece una virtud tan sublime, que nos hace agradables á los ojos del Señor, y amables en presencia de la Madre de Dios, y que en cierto modo nos eleva al estado de los ángeles.

AMOR DE MARIA AL RETIRO.

Ecce elongavi fugiens : et mansi in solitudine.

He permanecido siempre retirada huyendo del bullicio del mundo.
(Ps. 54, v. 8.)

Aunque una gracia sobreabundante y la asistencia especial de Dios ponian á la Virgen santísima á cubierto de todos los peligros; sin embargo ella llevaba una vida sumamente retirada, no pareciendo en público sino por necesidad absoluta, cuando así lo exigia la gloria de Dios ó la salud del prójimo. Fuera de estos casos estaba continuamente encerrada en el seno de su retiro, en el cual encontraba sus mas preciosas delicias, huyendo del bullicio y trato del mundo contagioso. Así, cuando el ángel fué á anunciarla el grande misterio de la Redencion, la encontró sola en una habitacion reducida, y

ocupado su espíritu en la mas fervorosa oracion.

El espíritu de retiro que admiramos en María, es necesario á todo cristiano segun su estado para conservar el precioso tesoro de la gracia; pero conviene mas especialmente á las mujeres, y aun mas á las vírgenes, que no se presenten al mundo sino cuando lo exige la necesidad y la buena educacion. La curiosidad y el deseo de bien parecer de Dina, hija de Jacob, fue causa de gravísimos y terribles malés: ella quiso salir de su casa para ver las mujeres de la ciudad de Siquem, y probó luego los fatales resultados de su ligereza: su propio deshonor, el crimen de sus hermanos, y la mortandad de los habitantes de la ciudad fueron las terribles consecuencias de haber salido Dina del retiro en que debiera permanecer. Es verdad que no puede uno huir siempre y absolutamente del trato y comercio del mundo; mas en semejantes casos hemos de procurar que aunque los sentidos esten ocupados y distraidos en objetos terrenos, el espíritu se conserve recogido, y que vele en guardar los sentidos, sobre todo el de la vista, por el cual entra la muerte en el alma; porque por poco que se les deje la libertad de mirar indiscretamente los objetos que se les presentan, acuden los ma-